

AMOR A TODA PRUEBA

*Roberto Benavente Mercado
Contraalmirante*

Sucedió a mediados de 1983, cuando junto a otro colega fuimos designados como Prácticos Autorizados de Canales para pilotar una nave danesa -arrendada por armadores chilenos- para el transporte de contenedores entre Valparaíso y Punta Arenas.

La designación no había sido de las mejores, por cuanto se trataba de un buque más bien pequeño, con camarotes diminutos, que navegaba -por disposición de los charteadores- por ruta oceánica hasta isla San Pedro, donde recién se iniciaba el pilotaje.

Había, en consecuencia, casi tres días de inactividad que suelen ocuparse en familiarizarse con el buque y su dotación, conversar, escuchar música o leer un buen libro.

Fue así como durante este tránsito mi colega y yo nos reunimos una tarde en el pequeño comedor para charlar e intercambiar mutuas experiencias. Allí estábamos cuando llegó el Radio-telegrafista, acompañado por el tercer ingeniero, un joven de unos 30 años, alto, rubio y corpulento que andaba siempre con una lata de cerveza en la mano. Se llamaba Kim.

Eran cerca de las 20 horas y nos invitaron a beber una cerveza, lo que aceptamos para no agraviarlos y tener la oportunidad de conocer algo más de sus personalidades y de su país.

La conversación fue variada y entretenida, pero observamos que mientras nosotros bebíamos una cerveza, Kim había bebido cuatro, lo que lo puso muy locuaz, a veces alegre, y de repente triste.

Habíamos llegado, al parecer, a un terreno de mutua comprensión -muy propia de los hombres de mar- que incluye simpatía y tal vez afecto, cuando Kim- con lágrimas en los ojos nos "confesó" su afecto por Chile y por una de sus hijas: Gladys una hermosa morena que él había conocido unos tres meses antes y con la cual se había iniciado un impetuoso romance.

Kim repetía: -La amo, es hermosa, franca y auténtica, me corresponde, la quiero, solo sé que la amo.

Pensando en esos amores tan locos propios de la juventud, le hice ver la inconveniencia de su amor, hacia una muchacha de un país lejano, de diferentes costumbres, religión, idioma, etc., sugiriéndole la conveniencia de buscar -cuando regresara a su país de origen- una joven danesa. Su respuesta fue categórica y negativa. No había espacio disponible en su corazón para otra mujer que no fuera Gladys

El efecto de la cerveza -unido a un temperamento franco y comunicativo- lo llevó a confidenciar mayores detalles. Gladys vivía en la calle Clave, cerca de la plaza Echaurren, en pleno barrio del puerto. Era una muchacha alegre y comprensiva con la cual había salido varias veces antes de pasar la barrera del amor platónico.

Me imagino que la chica -por los datos que sabíamos -difícilmente hablaría algo de inglés, pero, al parecer, el amor verdadero no exige, necesariamente, del intercambio formal

de una conversación. Los murmullos, los pequeños gestos, las secretas miradas, son capaces de transmitir los más apasionados mensajes.

Fue así como se inició el romance, que recuperaba, se robustecía y ganaba nuevos bríos después de cada recatada.

Hasta que sucedió lo inesperado. Cierta día en la quietud de una noche -Gladys le dijo: - Kim, debo confesarte algo-. El joven danés, creyendo conocerla bien, la escuchó muy atentamente: - Kim, se trata de algo muy serio. ¡Tengo un hijo!-agregó ella.

La sorpresa impactó al ingeniero, pero el amor pudo más y, pasados unos instantes, respondió: -Mi amor, tú sabes cuánto te amo; tu confesión me ha impactado y me ha dolido, pero deseo que sepas que lo sucedido no me importa y que te sigo amando igual o más que antes.

En su próximo viaje Kim llegó con flores para Gladys y un pequeño obsequio para el niño, a quien no había conocido. Salieron juntos, felices, y durante un momento favorable ella le agradeció la comprensión y sus regalos, para terminar diciéndole - Kim, lo lamento, no es un niño, sino dos.

La respuesta del oficial fue categórica: -Gladys, ya te lo dije una vez. No me importa tu pasado. Sólo sé que te amo y que todo seguirá igual que antes.

Tercer y último acto. En su reciente visita a Valparaíso, Kim y Gladys volvieron a encontrarse y fue allí cuando ella le confesó toda la verdad; -Kim, no son dos, sino tres niños.

Con su enésima lata de cerveza en la mano, Kim nos dijo. -Estoy consciente de lo que significa amar a una mujer con tres hijos ajenos, pero nada puedo hacer, pues la amo verdaderamente y por eso soy capaz de perdonarla.

La historia del amor de este hombre me impactó profundamente, pues reconozco que mi generosidad y comprensión posiblemente no habrían sido tan absolutas

Pasó el tiempo y unos ocho meses después fui designado casualmente para pilotar el mismo buque, cuya dotación ya conocía. Mi primera consulta al llegar a bordo fue preguntar por mi amigo Kim. El oficial Radiotelegrafista, un danés de pelo y barba muy rubios, me informó. -Kim ha regresado a Dinamarca pues será redestinado por la Compañía Naviera Armadora

-¿Y qué fue de la chilena de quien estaba tan enamorado?, preguntó.

-Pues, se la llevó a Dinamarca, con la futura suegra y los tres niños y según supe se ha casado recientemente.